La gloria de Van Morrison

El músico irlandés triunfa en el Festival de Jazz de Vitoria con un concierto soberbio

PABLO SANZ

VITORIA.– El día amaneció con el brillo especial de esas jornadas que se marcan en rojo sobre el calendario. Jazz Gasteiz Irratia, la exclusiva radio del festival, anunció a través de su buena onda la última hora: ¡todavía quedan entradas a la venta! Horas antes del concierto, los aledaños del polideportivo de Mendizorrotza se poblaron de gente de mil colores y procedencias, que ordenadamente se aprestaron a coger una buena plaza. En el cartel, dos leyendas: Van Morrison y la Mingus Big Band, aunque en la arena quedara claro que el *respetable* había ido a escuchar al cantautor irlandés.

Allí ganó todo el mundo, aunque las quinielas iniciales arrojaran una victoria para Van Morrison; no se trataba de un duelo, evidentemente, pero, puestos a elegir, el oro recayó en la prolongación orquestal heredera de Charles Mingus. La actuación del irlandés fue una demostración más del, probablemente, mayor pensamiento que tiene hoy el blues, el soul y el rhythm & blues orquestado. La legendaria maquinaria que en este tiempo lidera el saxofonista Alex Foster, por su parte, no sólo recreó la esencia musical y compositora de su mentor, sino que abrió nuevos caminos en el últimamente desértico territorio de las orquestas de jazz.

El soul y el rhythm & blues de Van Morrison tienen la sabiduría urbana y vital de las calles de Belfast, aunque hoy se hayan convertidos en uno de los mejores testimonios intelectuales con que cuentan los arrabales de la música negra. A su lado, situó la voz amiga de Chris Farlowe para que le aclarase su voz afilada y cavernosa, y detrás un sexteto que fue eficaz y ardiente colchón musical, aunque no lograse quitarnos la añoranza de los Georgie Fame o Alan Skidmore.

Van Morrison, en Vitoria. / JULIO CARLOS

Van Morrison se olvidó de su último lote de canciones, registrado en el fabuloso disco *Down the road*, entregándose a otros clásicos biográficos. Sobrecogieron baladas como *Meet me in the indian summer*, *Moondance*, *Vanlose stairway* o *Philosopher's stone*, en las que él plasma su arrebatadora canción épica ayudado por los vientos del trompetista Matt Holland y el saxofonista Martin Winning, la sonoridad litúrgica del Hammond B3 de Richard Dunn y los fraseos audaces del guitarrista John Edwards. No estuvo ni huraño ni gruñón, simplemente serio e incluso divertido, a juzgar por la amplia sonrisa con la que remató el himnico *Gloria*.

A la Mingus Big Band le tocó cerrar la noche con su aguerrido sentimiento de blues orquestal. Alex Foster y sus muchachos ensancharon los márgenes del universo *mingusiano* con las habituales variaciones de ritmo, transiciones polifónicas, pasajes atonales y desarrollos melódicos sofisticados. Y mucho blues, como el que cantó magistralmente el trombonista Frank Lacy, *Devil woman*. El suyo fue un fogonazo orquestal que para sí quisiera Wynton Marsalis, culminado con la reivindicación del tema principal de la película *Spiderman*, *Boogie stop shuffle*, cuyo autor fue Mingus. Y la grada se sumó a la demanda al grito *euskaldun* de «¡hala, a por ellos!». Y allá fuimos todos, al regazo de Mingus.

Hitler y la historia de la filosofía acaparan la atención en Aviñón

MARIA JOSE RAGUE ARIAS
Especial para EL MUNDO

AVIÑON.– Hay que dejarse sorprender en Aviñón porque podemos descubrir a autores y directores desconocidos en España. No creo que nunca se haya montado una obra de Daniel Keene, y es evidente que no hemos visto ningún espectáculo dirigido por Renaud Cojo. Y, pese al intenso frío de la noche ventosa, al aire libre, en el bellísimo claustro de los Célestins, *La marche de l'architecte* nos interesó desde todos los puntos de vista.

En el proceso de Nürenberg, el arquitecto de Hitler y ministro del Ejército, Albert Speer, creía que sería condenado a muerte y asumía crímenes de los que se consideraba responsable y no culpable. Es en sus 20 años en la prisión de Spandau cuando el autor australiano Daniel Keene coge al personaje, sus relaciones con Hess, con un mendigo, su búsqueda de sentido a la vida, para construir una obra en la que todos podemos vernos reflejados en Speer.

Se trata de una obra sin dogmatismos que nos advierte de los peligros del fascismo, un texto que incluye el personaje del coro que comenta la acción. El tema y la escritura interesan, pero también la puesta en escena de Cojo, en el gran espacio del claustro, del que se utiliza también el primer piso, con una escenografía que puebla de escobas boca abajo una doble estructura metálica que viste todo el espacio; la música de violentas estridencias del también australiano Smetanin, o las suaves baladas que entonan poemas de Paul Celan. Fue agradable descubrir a un desconocido autor y director.

No era, en cambio, una sorpresa Joseph Nadj —conocido en España— y su creación coreográfica y multidisciplinar *Les philosophes*, inspirada en la obra de Bruno Schulz, que respondió a las expectativas creadas.

Grandes bailarines

Con el lenguaje del cuerpo de cinco magníficos bailarines en el espacio, con música de Mezel a cargo de tres intérpretes, Nadj construye una gran metáfora de la búsqueda de la verdad a través del camino de la ciencia, desde los orígenes de la vida hasta hoy, mostrando la imposibilidad de la ciencia y la palabra para hallarla, buscando al final el camino de una música que ya no puede sonar.

Y lo hace en tres niveles del espectáculo: un inicial recorrido por un montaje videográfico sobre la vida de Schulz y un segundo lenguaje cinematográfico que muestra a los cuatro bailarines vestidos de americana en un mundo primigenio que vanamente intentan colonizar.

Por último, 50 minutos finales de danza recorren las etapas de la historia de la filosofía, con inteligentes metáforas reflejadas en bellísimas coreografías de los cuatro cuerpos en juego, con un espacio que se centra en una plataforma elevada circular rodeada por el público en un cuadrado de gradas.